

# Cinco siglos de *Utopía*

—» GUILLERMO TELL  
AVELEDO COLL

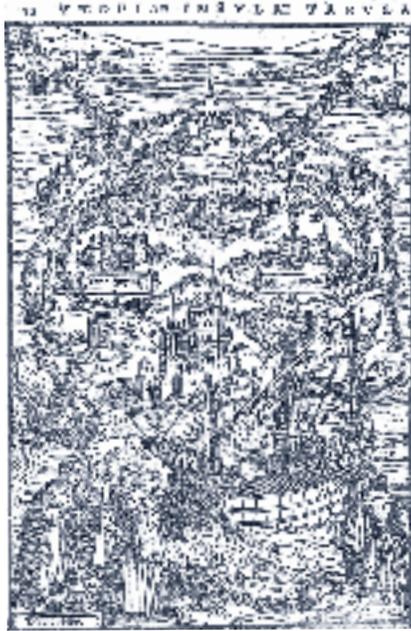
Caracas, 1978. Politólogo y doctor en Ciencias Políticas. Profesor de Teoría Política e Historia de las Ideas en la Escuela de Estudios Liberales de la Universidad Metropolitana, la Escuela de Estudios Políticos de la Universidad Central de Venezuela y la Escuela de Derecho en la Universidad Católica Andrés Bello.

Un modesto libro —en cuartos, encuadernación sencilla— aparece desde las imprentas de Lovaina en 1516. Sin *annotatio* y sin *schola*, lleva no obstante un frontispicio decorado y un mapa interior discreta pero bellamente ilustrado: un peculiar conjunto insular, en forma de luna creciente, el largo título nos anuncia el tema: *De optimo Reipublicae statu deque nova insula 'Utopia', libellus vere aureus, nec minus salutaris, quam festivus...*<sup>1</sup> Es un libro que oculta su erudición en la crónica de un viajero lusitano, Rafael Hitlodeo, quien dialoga con un escéptico y pragmático inglés, Tomás Moro, cuya *opera et industria* lega este ficticio descubrimiento. Moro es apenas un modesto funcionario de la monarquía Tudor pero se convertirá en un literato de fama universal. Su *Utopía* llega a quinientos años.

Pocos textos han adquirido la reputación de ser a la vez el ejemplo más acabado y el puente his-

---

<sup>1</sup> 'De la mejor forma de comunidad política, en la nueva isla de Utopía. Verdadero libro de oro, tan saludable como festivo...'



tórico de toda una tradición literaria (Arnswald, 2011: 1-35). Remontándonos a Hesíodo y a Platón, hablamos de utopías (del griego οὐ y τόπος, ‘no lugar’), como aquellos planes que, sea por ensoñación u optimismo, sea por premonición o revelación, sea como evasión o censura, se presentan como irrealizables en el presente. Irrealizables porque carecemos de la técnica, las normas, la fisiología que los harían posible, pero ante los cuales el único límite parece ser el de la voluntad hacia la perfección. Encontramos la voz *utopía* repetida en nuestro lenguaje ordinario y oficial, como un futuro que se asoma en nuestras carencias.

ID

### Moro: cristiano y humanista

Tomás Moro nace en Londres el 7 de febrero de 1477 o 1478, según discrepan diversas fuentes. Se forja en el seno de una familia urbana, con varias generaciones de jueces y abogados, en medio de la relativa bonanza que vive Inglaterra con el fin de la Guerra de las Rosas, las guerras civiles derivadas de las pretensiones dinásticas rivales de los York y los Lancaster, y el ascenso de los Tudor, más dados a guerras externas y celosos de su autoridad.

Apadrinado por el cardenal John Morton, pasa de la escuela St. Andrews a la Universidad de Oxford, donde completa su formación humanística —retórica, poética, gramática, filosofía moral e historia—

con estudios de derecho. Apunta hacia una carrera como abogado y notario pero está también inclinado hacia la vida del literato —habiendo entablado amistad con otros humanistas europeos, como los muy notables Desiderio Erasmo de Rotterdam y Pedro Gelasio, en Flandes—, la actividad política y la entrega religiosa. Tras tres años de retiro en la Cartuja londinense, se desposó en dos ocasiones, celebrando el amor marital como uno de los modos en que alcanzamos la felicidad terrena: primero lo hizo con Joan Colt, de quien enviudó en 1511, para luego reunirse con Anne Middleton. Fueron prolíficos matrimonios, y el hogar de Moro era un ejemplo de ilustración y generosidad, sirviendo como pequeña escuela y universidad para sus hijos y yernos, e incluso como centro de conversaciones entre letrados y políticos. Es designado como miembro del Parlamento inglés en 1504 con lo que la vocación humanista cívica hacia el servicio público pareciera ganarle a la vida contemplativa y retirada del santo: en esa carrera sería funcionario local de la ciudad, parlamentario de dilatado servicio, consejero real y *Lord Chancellor*, hasta su caída en desgracia y ejecución en las convulsas transformaciones de la Reforma (Pardo, 1990: 693-708).

Pero la historia es más complicada que una mera renuncia a la vocación juvenil: Moro hizo un esfuerzo para tratar de acercar la vida de un cristiano fiel con la posibilidad de recta acción en la vida pública. Este no era para él un problema menor... El ascenso de los Tudor, incluyendo la coronación del impetuoso y joven rey Enrique VIII en 1509, impulsaba ambiciones domésticas de mayores lujos y presiones externas hacia la guerra. En sus primeras obras literarias, que como corresponde al humanista van desde las poesías hasta la biografía, pasando por el comentario historiográfico, Moro refleja una preocupación que lo pone en línea con la tradición clásica de Cicerón y Salustio, pero sin alejarse de la aspiración cristiana hacia el humanismo integral: ¿qué forma de gobierno puede traer la mejor vida posible?

Comprometido con la política como modo de vida, no parece ser la suya una ambición de gloria y poder, sino una pulsión reformista social, en la acción cristiana para mitigar los males de una vida imperfecta. No hay, ni siquiera, el apetito por la cercanía con la corona que pudiera generar influencia, sino como posibilidad de aumentar el bien común, el *common wealth*. El poder como fin nubla su objetivo original como medio, y esa advertencia se la hace a sí mismo y a otros jóvenes políticos en sus primeros poemas: «Te ufanas de tener el oído del rey de divertirte con él. Esto es como jugar con leones domados —muchas veces es seguro, pero casi siempre se teme al daño—. Con frecuencia ruge sin razón aparente y de repente la diversión es fatal» («Poemas latinos», n.º 162, Moro, en Wegemer y Smith, 2004, p. 231). Y así lo explora en múltiples trabajos: en su traducción libre de la *Vida*

*de Pico della Mirandola* explora la aparente contradicción entre la actividad pública y los hombres sabios, mientras que en su biografía de Ricardo III discute la influencia de la ambición personal como causa de la discordia civil. Esto lo avanza en profundidad en su «Oda a la coronación» de 1509, que en la guisa de honrar al rey Enrique le planta una importante admonición: un buen rey se ocupa de su pueblo como de sí mismo, manteniéndolo unido bajo el afecto natural, *idque cohaerent amore* (ibídem: 236). Ese afecto se basa en el principio de concordia sobre las diferencias, amalgamando caridad y humildad, empeño que un buen consejero recordará a su buen rey.

Es en este tono de revisión crítica del platonismo, su negación de la corrupción mundana, y en desapego de los letrados a la realidad, que Moro se embarca a escribir *Utopía*. Se encuentra en una importante coyuntura en su vida: en ocasión de dirigir negociaciones comerciales entre Inglaterra y los Países Bajos, se le ofrece pasar del Parlamento al servicio directo del rey, lo que sin duda apuntaba a mayores riquezas e influencia pero también un mayor riesgo de contemporizar con las decisiones moralmente dudosas de quienes ejercen el poder. ¿Es posible hacer de la política una buena acción, o esto es solo una fantasía?

ID

## La ínsula ideal

Una obra tan famosa como *Utopía* difícilmente tendría necesidad de ser resumida. Se trata del relato de un ficticio marinero portugués, Hitlodeo, quien conversa con un avatar del autor inglés, Morus, sobre la actualidad de los reinos europeos y el contraste con el lugar donde se encuentra la mejor forma de gobierno y sus dilectos ciudadanos: la isla de Utopía. Quizás *conversación* sea una hipérbole: pese a las intervenciones de Morus y otros personajes que hacen comparsa ocasional, Hitlodeo rara vez admite un argumento contrario, o matiza alguna de sus afirmaciones, que esgrime con categórica certeza.

En su primera sección, el marinero describe con desprecio las contradicciones de las sociedades europeas de su tiempo, con particular atención en Inglaterra: desdeña la probidad de su rey, la lógica de su sistema penal, la actitud de la Iglesia, pero por sobre todas las cosas condena el principio de propiedad privada sobre el cual se fundamenta toda jerarquía, toda autoridad y toda represión. Sería imposible para un letrado —se mofa el lusitano— actuar libremente, con desatención a las disputas mundanas y en atención a elevados intereses, en una sociedad donde hay que depender de insensatos gobernantes. Morus es obligado a defender su trabajo, y su admisión de preferencia por el

servicio público es puesta en ridículo por Hitlodeo. Con ello comienza su relato sobre un paraje fantástico, la isla que da nombre a la obra.

Utopía, tal como es descrita por Hitlodeo, no es mera evocación: se trata del producto extraordinario de la voluntad de un primer legislador, Utopos, quien promueve un estilo de vida distinto al de toda sociedad conocida. La sociedad está jerarquizada pero no existe —salvo con los sabios *filarcas*— actividad económica que esté vedada para ningún individuo, los cuales sirven a sus colectivos desde diversas pero discretas tareas, ya que no hay motivos para artes ni ciencias superfluas. La isla, que habría estado conectada como península a un continente, está ahora separada de influencias corruptoras, y sobre ella florecen varias decenas de enormes ciudades, las cuales distribuyen entre sí sus bienes y producciones, sin competencia ni intercambios deficitarios. Es una sociedad que no sufre de los efectos nocivos del ocultamiento, el fanatismo, los lazos de sangre y la desigualdad, puesto que ha abolido la privacidad, la división religiosa, las familias cerradas y la propiedad de bienes. El aislamiento de los utopianos es el signo distintivo de su paz interna y Rafael Hitlodeo es el profeta de ese humanismo.

Morus, que hace las veces de interlocutor del aventurero y reflejo del escepticismo del lector, cuida de no dar demasiado crédito a las palabras de Hitlodeo, aunque no lo interrumpe en ninguna ocasión, admitiendo su propia frustración con la vida política de su tiempo. Pero Moro, el autor, nos da numerosas señales de que algo está mal con la imagen idílica de esa isla: Hitlodeo es código para *charlatán*; el río que atraviesa a la isla —Anhidro— no tiene agua; las dimensiones de la isla varían con cada descripción, así como la escala de sus imposiblemente populosas ciudades; existen *questores* que mantienen un tenor de vida muy superior, y también los *filarcas* —¿sabios gobernantes o amantes del poder?— que gobiernan de manera vitalicia; la libertad de opinión está severamente constreñida a temas previamente autorizados; el tránsito absolutamente prohibido; el amor marital está sometido a la necesidad colectiva; existen esclavos con cadenas de oro; y los utopianos manifiestan una cruel duplicidad ante sus enemigos.

Pero aunque Morus parece considerar deseables algunos aspectos de Utopía, acaso por no incordiar el relato de Hitlodeo, lo cierto es que critica su actitud destemplada hacia los asuntos cívicos:

Si no es posible erradicar de inmediato los principios erróneos, ni abolir las costumbres inmorales, no por ello se ha de abandonar la causa pública. Como tampoco se puede abandonar la nave en medio de la tempestad porque no se pueden dominar los vientos. No quieras imponer ideas peregrinas o desconcertantes a espíritus convencidos de ideas totalmente diferentes... (Moro, 1997 [1516]: 101)

Si la distancia de Moro con el relato de Hitlodeo es irónica o simplemente discreta, sigue siendo un tema importante de discusión entre los expertos (Skinner, 2002: 213-244; Wegemer, 2011: 139-159), y de cuya confusa herencia en la historia intelectual de Occidente no puede estar exento nuestro santo autor. Lo que queda claro es que Moro defiende la necesidad de cambiar la sociedad, esto es, no de abandonarla a su suerte. Tal es la responsabilidad de aquellos que tienen algún talento para esa tarea, y cuya vocación han de canalizar en ese sentido: promover el amor fraternal entre los ciudadanos. Las críticas implícitas a la arrogancia de Utopía, cuyas características más polémicas pueden no parecer evidentes a quien las propaga, son tan notorias como las críticas a la Inglaterra Tudor: pero el remedio no puede ser peor que el mal que pretende ser curado.

## Utopía y América

Utopía fue un éxito inmediato entre los letrados europeos de ambos mundos. En Europa es replicado, con menor suceso, en obras como la *Ciudad del sol*, de Campanella, o la *Oceana*, de Harrington. Pero será el *Zeitgeist* de la expansión y conquista europea sobre el Nuevo Mundo que concitará una pulsión singular: coincide en su estrellato literario con la aparición de los relatos de Américo Vespucio, y no pocos lectores tomarán el relato de Hitlodeo como una imagen veraz de la vida en las Indias. La vida comunal de la Nueva Jerusalén peregrina de Nueva Inglaterra, la búsqueda del mítico Dorado de los conquistadores y su apacible lago Parima, las reducciones de indios como reductos de la verdadera cristiandad, la pertinaz aventura de unir los océanos en el Darién... Toda una miríada de parajes admitidos como «verdaderas utopías». La América era un sitio vasto e inexplorado, de naturaleza exuberante donde todo estaba por hacerse, y donde con la arrogancia de Hitlodeo podían borrarse siglos de historia.

Pero este impulso no acabó con la era colonial: los herederos de los conquistadores, criollos devenidos en lectores ilustrados, apelaron también con celo fanático a la prosecución de mundos imaginarios y repúblicas aéreas. Primero con catecismos liberales —y luego con impulsos colectivistas signados por la crítica social europea de Saint-Simon, Fourier o Lammenais—, el utopismo como actitud política dio lugar a nuestros más granados radicalismos: de Miranda y Bolívar al Dr. Francia, pasando por el establecimiento de comunidades experimentales, y llegando al utopismo social en Flora Tristán o Esteban Echeverría (Rama, 1987: ix-lxxi).

ID

Ya en el siglo xx, trocada la utopía con el concreto anhelo de imitación al socialismo soviético —que veneraba a Moro bajo instrucción marxista—, las guerrillas y los movimientos de liberación asumieron la bandera, cegando a brillantes generaciones en el camino. De Castro a Chávez, se ha interpretado la Utopía más en el tono de Hitlodeo, abandonados a la fatalidad histórica del óptimo Estado en el que «un hombre nuevo es posible», que del modesto Morus y su aspiración a un cambio progresivo y, por tanto, más profundo. Nos seduce la posibilidad de tomar el cielo por asalto, cuando olvidamos lo que tenemos a la vista: la progresiva instauración en nuestra región de regímenes democráticos pluralistas, de modestas aspiraciones y logros tenaces.

## La buena política

La literatura utópica ha devenido en dos modelos, ambos derivados del platonismo y las descripciones de Hitlodeo: la absoluta abundancia, que lleva a holganza, y la comunidad de bienes, que regula la escasez y la transforma, luego, en plenitud. Por tanto, podría decirse que pese a nuestras cuitas la utopía se encuentra al alcance de la mano. Vivimos en una era de abundancia de recursos e información, como rezaba el poema medieval del país de Jauja, «de día y de noche, todo está a la mano para el alcance y el deleite personal». Millones de personas en las sociedades industrializadas y posindustriales, ya hoy no solo en Occidente, gozan de un bienestar incomparable al de cualquier edad de oro remota. Hemos vencido o aplacado las enfermedades, mitigado el hambre con la superproducción y tecnificación de los alimentos, recorrido enormes distancias de manera ordinaria e incluso asomado los albores de la exploración fuera de nuestro planeta. El globo, de sus cimas a sus simas, está registrado y medido, despejando sus incógnitas ante la indagación humana. Tenemos en la palma de nuestras manos el enorme acervo de la cultura humana, con un leve toque de nuestros dedos sobre dispositivos digitales cada vez más poderosos.

Sin embargo, esta abundancia y esta paz son la contracara de perspectivas poco halagüeñas. Desde la periferia global, hasta los márgenes de pobreza en nuestras grandes urbes, millones están hundidos en la desesperación, la carestía, la banalidad y el vicio. Multitudes trabajan en condiciones inaceptables para llenar remotos almacenes. Muchos ven reducidas las posibilidades de sus vidas por los azotes de la delincuencia globalizada y las guerras civiles, que procuran el tráfico ilícito de personas, drogas y armamento. Agotamos nuestros recursos no renovables y afectamos la posibilidad de regeneración de la naturaleza. Las nuevas tecnologías permiten la procura de datos y el fin de la pri-

vacidad individual, y registran sus vidas en los repositorios de corporaciones privadas o de Estados abstraídos de su función pública. Es un mundo en el que queda mucho por corregir, y donde estamos llamados a intervenir de manera activa, pese a la apariencia de plenitud en nuestras cómodas vidas particulares.

El carácter humanista y cristiano de la *Utopía* de Moro nos señala un camino que puede despejar nuestra angustia: procurar desde cada esfera la mejora particular de la vida de la persona humana sin negar su trascendencia más allá de lo material es el llamado a nuestros líderes políticos y de opinión. Se trata de no renunciar a las mejoras posibles por las ensoñaciones de lo óptimo, sin abandonarnos al cinismo apático del crítico, o a la evasión inocente del monje. Sabemos del fin y martirio de Moro, pero no es este el centro de su santidad activa para el humanismo cristiano contemporáneo, con su búsqueda de la dignidad de la persona humana. No es en su muerte sino en su vida activa que el mensaje de Moro en *Utopía* ha de quedar claro, como declaró el papa Juan Pablo II (2000) al consagrarlo como patrono de los políticos y gobernantes: «quería servir no al poder, sino al supremo ideal de la justicia. Su vida nos enseña que el gobierno es, antes que nada, ejercicio de virtudes».

A cinco siglos de las primeras lecciones de *Utopía*, este llamado a la buena política sigue siendo su mejor recomendación a todos nosotros.

ID

## Bibliografía

- ARNSWALD, U. (2011). «Einführung: Zum Utopie-Begriff und seiner Bedeutung in der Politische Philosophie», Thomas Morus' Utopia und das Genre der Utopie in der Politischen Philosophie. Karlsruhe, KIT Scientific Publishing.
- JUAN PABLO II (2000). *Carta apostólica en forma de motu proprio para la proclamación de santo Tomás Moro como patrono de los gobernantes y de los políticos*. Roma, 31 de octubre de 2000, [http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/motu\\_proprio/documents/hf\\_jp-ii\\_motu-proprio\\_20001031\\_thomas-more.html](http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/motu_proprio/documents/hf_jp-ii_motu-proprio_20001031_thomas-more.html).
- MORO, T. (1997) [1516]. *Utopía*. Traducción, introducción y notas de Pedro Rodríguez Santindrián. Madrid, Alianza.
- PARDO, I. J. (1990): *Fuegos bajo el agua: la invención de la utopía*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- RAMA, C. M. (comp.) (1987). *Utopismo socialista, 1830-1893*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- WEGEMER, G. (2011). *Young Thomas More and the arts of liberty*. Cambridge, Cambridge University Press.
- WEGEMER, G., y S. W. SMITH (2004). *A Thomas More source book*. Washington, Catholic University of America Press.